

## Una sociedad de traductores

Daniel INNERARITY

*“Pour une civilisation, vivre c’est à la fois être capable de donner, de recevoir, d’emprunter”*

Fernand Braudel

La cuestión que la realidad de la traducción literaria nos plantea —al menos la que se le plantea a un filósofo que reflexiona sobre lo que ha hecho al traducir— es si disponemos de una pedagogía del encuentro, el intercambio y la traducción que responda a la nueva heterogeneidad cultural y no disuelva la pluralidad de las culturas en una yuxtaposición exótica de mundos cerrados e incommunicables. Para posibilitar la comunicación entre las culturas lo primero que hay que deconstruir es la concepción exclusivista y cerrada de la identidad, desde la cual se construyen los estereotipos con que delimitamos a los extraños y, al mismo tiempo, tomar conciencia de que lo propio se constituye y enriquece también en el encuentro continuo con lo extraño. Del mismo modo que hemos aprendido que la tradición a la que cada grupo apela no es sino un producto de la nostalgia, de la selección y la dramatización, es decir, algo que se aproxima bastante a la falsificación, las identidades colectivas también son el resultado de una construcción social. Cuando se extraen todas las consecuencias de este descubrimiento es posible proteger el valor propio de las diferencias culturales frente a las estrategias de homogeneización y también frente a esas mismas peculiaridades exacerbadas.

65

Los beneficios del multiculturalismo están en función del reconocimiento de la pluralidad de adscripciones e identidades que se pone en juego en una sociedad compleja. Estos beneficios se vendrían abajo si el multiculturalismo fuera entendido como un muestrario de diferencias irreductibles, de identidades enfáticas y procedencias determinantes. La cultura no representa una unidad cerrada, algo fundamentalmente propio, que sólo estuviera enfrentado al peligro de desdibujarse en sus márgenes por la modernización y la inmigración. Un sistema cultural es una realidad móvil y porosa, cuya vitalidad depende de que sepa gestionar su pluralidad interna y dialogar con la extrañeza exterior.

La experiencia de vivir en una sociedad multicultural significa el descubrimiento del pluralismo dentro de lo que se creía un bloque compacto y homogéneo. Hemos aprendido a respetar la movilidad inmanejable de las delimitaciones, sorprendidos por la experiencia de que en tantas situaciones lo propio se hace extraño y lo inicialmente extraño pasa al ámbito de lo propio. Las sociedades complejas exigen una mayor sensibilidad para atender a las exclusiones que toda identidad, que cualquier orden social origina. En la sociedad contemporánea tiene lugar una pérdida de gravedad de los sujetos, menos vinculados a la pesadez de un territorio, menos controlables, más sueltos e interdependientes. Nos encontramos en un escenario en el

que tiene poco sentido insistir en la identidad como si fuera algo definido y definitivo. George Steiner, un judío europeo de procedencia diversa y con una identidad tan compleja como múltiple, asignaba a los judíos un papel ejemplar que podría decirse del hombre en general: “demostrar que aunque los árboles tienen raíces, los hombres tienen piernas y son huéspedes unos de otros. Si no se quiere que se destruya el potencial de la civilización, tendremos que desarrollar lealtades más complejas, más provisionales. Hay, como enseñaba Sócrates, traiciones necesarias para hacer una sociedad más libre y más abierta para el hombre. Hasta una gran sociedad es algo limitado, efímero, comparado con el libre juego de la mente y la anárquica disciplina de sus sueños”.

Aunque determinados acontecimientos no hablen a favor de la viabilidad de un diálogo entre las culturas, el choque de civilizaciones no es en absoluto un destino inevitable. La tesis de la homogeneización cultural (la denuncia de la americanización, por ejemplo) y las de la fragmentación (como se denuncia, por ejemplo, en la idea de un choque de civilizaciones) infraestiman la presencia de fenómenos de transferencia entre los sistemas culturales, las síntesis o las hibridaciones culturales. Las culturas, al mismo tiempo que la constitución de su identidad genera alteridad y extrañeza, también desarrollan técnicas para el trato y la comprensión de lo diverso. Se podría compendiar este conjunto de técnicas culturales en el término “traducción”. Bajo esta expresión debe entenderse todo aquello que —desde los traductores, los ritos comunes, zonas de contacto, cooperación y competición— sirven como

66

técnicas para la comprensión, normalizan la extrañeza transformándola en una alteridad que pueda constituirse en interlocutor. La idea de competencia intercultural o “comprensión transcultural” (Geertz) y todas las expresiones análogas en las diversas lenguas —*transfers culturels*, *cultural exchange*, *kultureller Austausch* (Burke)— han hecho mayor fortuna en la medida en que en nuestras sociedades se han ido intensificando los encuentros culturales de los más diversos tipos. La traducción cultural ha sido un concepto puesto en juego por los etnólogos y renovado por los historiadores de la literatura que se ocupaban con la “traducibilidad” de textos y culturas. Tal vez sea ésta una de las tareas más interesantes de la educación en la sociedad del siglo XXI: posibilitar la conversación humana, la traducción, la competencia intercultural.

Una de las primeras condiciones para ello consiste en la capacidad de relativizar la propia cultura. Nuestra pedagogía ha de ser capaz de presentar un muestrario de las diferencias, articular experiencias de contraste, señalar la arbitrariedad de las convenciones sociales, contingencia de los hábitos y estilos de vida, ponerse en el lugar de otros. Aprender a valorar esa diversidad no equivale a una deserción, sino a un enriquecimiento de lo propio. Desde la pluralidad de las culturas, el orden propio aparece entonces en su contingencia, como un “conjuntivo potencial” que diría Musil: podría ser también de otra manera. La construcción de una cierta distancia frente a lo propio es una condición para observar desde fuera la propia situación. Es el esquema tradicional de las *Lettres persanes* de Montesquieu, continuado por una larga tradición literaria en la que el narrador adopta una extraterritorialidad, como la del que regresa, el niño, el enfermo, el inadaptado... Lo razonable es instituir formas de trato con el mundo que cuenten con la pluralidad de perspectivas estableciendo así nuevas oportunidades para el ejercicio de la tolerancia que Luhmann y Fuchs han sintetizado en la expresión “incon-

gruencia cultivada". Solamente es humana una identidad que permite la comparecencia de lo incongruente, que toma en consideración lo que otros dicen de uno mismo, que se preocupa por las exclusiones a que pueda estar dando lugar, que es capaz de imaginarse de otra manera. Tomar en cuenta lo extraño significa desarrollar una mirada especial para las rupturas y paradojas que, a pesar de todo, habitan en lo evidente. La experiencia cultural de lo extraño supone siempre una confrontación con las posibles alternativas de la propia vida y provoca una puesta a prueba de lo propio. Lo extraño es una reserva para enriquecer y corregir la limitación de las propias posiciones. Y es que toda endogamia, toda pretensión de identidad pura, es asfixiante e incestuosa. Nuestros críticos nos han ayudado mejor a comprendernos que los exaltadores de lo que somos. Se aprende a amar la Irlanda de Joyce, que la abandonó y criticó ferozmente, más que de tantas novelas irlandesas llenas de pelirrojas y prados verdes.

El encuentro entre las culturas es posible cuando se distancian de sí y se hacen extrañas a sí mismas (Ricoeur). Como decía Merleau-Ponty, se trata de aprender a considerar lo propio como extraño y lo extraño como propio. La educación para la diversidad consistiría en fomentar el interés por lo extraño, respetarlo y tratar de hacerse cargo de sus peculiaridades, el aprendizaje de esa hospitalidad que no es indiferente ni avasalladora, que enseña a habitar con lo heterogéneo y a sobrellevar la contingencia propia y ajena. No se trata de tolerar la diferencia sino de respetar incluso a nuestros antagonistas porque ellos representan formas o modalidades de ser que no necesitamos negar para afirmar nuestras propias identidades.